

Guárdense los esposos la mutua fidelidad que se han prometido.

No debeis honrar á los muertos con lágrimas y dolor inmoderado, sino con la memoria de sus virtudes, y con las ofrendas que llevareis todos los años á sus sepulcros.

Los jóvenes cedan al parecer de los viejos, atentos á ganarse el respeto con la regularidad de su vida. Si estos últimos se desnudasen del pudor, introducirían en el Estado el desprecio de la vergüenza, y todos los vicios que de aquí se siguen.

Detestad la infamia y la mentira: amad la virtud; tratad á los que la practican, y llegad al mas alto grado de perfeccion, haciéndoos verdaderamente hombres de bien. Volad al socorro del ciudadano oprimido; y aliviad la miseria del pobre, con tal que no sea fruto de la ociosidad. Despreciad al que se hace esclavo de las riquezas, y condenad á la ignominia al que edifica una casa mas magnífica que los edificios públicos. Usad de decencia en vuestras expresiones: reprimid la ira, y no maldigais ni aun á los que os hayan hecho mal.

Tengan siempre todos los ciudadanos estos preceptos delante de sus ojos, y en los dias festivos léanse en alta voz en las comidas, para que se graben mejor en los ánimos.

CAPITULO LXIII.

DIONISIO, REY DE SIRACUSA, EN CORINTO. EXPEDICIONES
DE TIMOLEON.

De vuelta á Atenas, despues de once años de ausencia, nos pareció, por decirlo así, llegar por la primera vez. La muerte nos habia privado de muchos amigos y conocidos: familias enteras habian desaparecido, y se habian levantado otras en su lugar: en algunas casas que frecuentábamos antes, nos recibiam como extrangeros: la escena era en todo la misma, pero distintos los actores.

La tribuna de las arengas resonaba continua-

mente con quejas contra Filipo, las que sobresaltaban á unos, y otros las oían con indiferencia. Demóstenes habia acusado recientemente á Esquines, de haberse vendido á este príncipe, cuando fué enviado á Macedonia para ajustar la última paz; y como Esquines habia ensalzado la modestia de los oradores antiguos, quienes arengando al pueblo, no hacian gestos descompasados: « no, no, exclamó Demóstenes, no es en la tribuna donde se deben tener metidas las manos debajo de la capa, pero sí en una embajada. » Este tiro produjo efecto, pero sin embargo, la acusacion no tuvo consecuencia.

Por mucho tiempo estuvimos acosados de preguntas sobre el Egipto y la Persia; pero despues volví yo á mis antiguas investigaciones. Un dia que pasaba por la plaza pública, vi un gran número de novelistas que iban, venian, se agolpaban en tumulto, y no sabian cómo explicar su admiracion. ¿ Pues qué hay? dije acercándome. — Dionisio está en Corinto, me respondieron. — ¿ Qué Dionisio? — El rey de Siracusa; aquel tan poderoso y tan temido. Timoleon le ha arrojado del trono, y le ha hecho poner en una galera, que acaba de traerle á Corinto, donde ha legado * sin escolta, sin amigos, y sin parien-

* El año 343 antes de J. C.

tes; pues todo lo ha perdido, menos la memoria de lo que fué.

A poco me confirmó esta noticia Eurialo, á quien hallé en casa de Apolodoro. Este Eurialo era un corintio con quien habia tenido yo cierta amistad, y él la habia tenido en otro tiempo con Dionisio; y habiéndome dicho que dentro de pocos meses tenia que volverse á Corinto, determiné de acompañarle, y contemplar despacio uno de los mas singulares fenómenos de la fortuna.

Luego que llegamos á esta ciudad, vimos á la puerta de una taberna, un hombre grueso, envuelto en un mal vestido, á quien el tabernero, movido al parecer de compasion, le daba los residuos de algunas botellas de vino. Admitía y rechazaba riéndose las groseras bufonadas de algunas mugeres de mala vida, y sus chistes divertian al populacho que se habia juntado al redor de él.

Eurialo me propuso que bajásemos del carriage, no sé con qué pretexto, y que no dejásemos aquel hombre. Fuimos tras él hasta un parage donde estaban ejercitando á unas mugeres, que en las fiestas inmediatas habian de cantar en los coros; y les hacia repasar sus papeles, les dirigia la voz, y disputaba con ellas sobre el modo de expresar ciertos pasos. Despues fué á casa de un perfumador, donde desde luego

se presentaron á nuestros ojos el filósofo Diógenes, y el músico Aristóxenes*, quienes hacia unos cuantos días que habian llegado á Corinto. Acercóse el primero al incógnito, y le dijo: «no merecías tú la suerte que tienes.—¿Te compadeces pues de mis males? respondió el «desgraciado; te lo agradezco. ¡Compadecerme «yo de tus males! replicó Diógenes: te engañas, «vil esclavo; tu debias vivir y morir, como tu «padre, en el terror de los tiranos; y me indigno al verte en una ciudad, en donde puedes «sin temor gozar todavía de algunos placeres.»

Eurialo, dije yo entonces asombrado, ¿con que es este el rey de Siracusa? El mismo, me respondió: no cae en quien soy yo; porque parece que el exceso del vino le ha acertado la vista: escuchemos lo demas de su conversacion. Dionisio la mantuvo con tanto ingenio como moderacion. Aristóxenes le preguntó la causa de la desgracia de Platon: «No hay mal que no venga «á un tirano, respondió; pero el mayor de todos «es tener amigos que le occultan la verdad. Yo «seguí el consejo de ellos, y aparté de mí á Platon. ¿Y qué sucedió? Que yo era el rey de Siracusa, y ahora soy maestro de escuela en «Corinto.» En efecto, le vimos mas de una vez

* Este debe de ser el mismo de quien nos ha quedado un tratado de música, inserto en la coleccion de Meibomio.

en una encrucijada explicar á los niños los principios de la gramática.

El mismo motivo que me habia llevado á mí á Corinto, traia allí diariamente muchos extrangeros. Unos manifestaban cierta compasion al ver aquel infeliz principe: los mas disfrutaban deliciosamente de aquel espectáculo que las circunstancias hacian mas interesante; porque como Filipo estaba próximo á esclavizar á la Grecia, saciaban en el rey de Siracusa el odio que les inspiraba el rey de Macedonia. El ejemplo instructivo de un tirano, sumido repentinamente en la mas profunda humillacion, fué pronto el único consuelo de estos arrogantes republicanos: algun tiempo despues, los Lacedemonios no respondieron á las amenazas de Filipo, mas que con estas enérgicas palabras: *Dionisio en Corinto.*

Nosotros tuvimos varias conversaciones con él, en las cuales notamos que no tenia dificultad en confesar sus yerros, sin duda porque no le habian costado mucho. Eurialo le manifestó deseos de saber lo que pensaba acerca del respeto que le tributaban en Siracusa. Yo, respondió, mantenía una porcion de sofistas y de poetas en mi palacio; á quienes no estimaba, bien que me servian para darme cierta reputacion. Conocieron mis cortesanos que empezaba á debilitárseme la vista, y todos, por decirlo así,

quedaron ciegos, de manera, que ya no distinguian nada; si se encontraban delante de mí, tropezaban unos con otros; y en nuestras comidas, tenia yo que dirigirles las manos que llevaban á tientas sobre la mesa. ¿Y no os incomodaba esa bajeza? le dijo Eurialo. Algunas veces, respondió Dionisio; ¡pero es tan dulce perdonar!

En esto, un corintio que queria hacer el gracioso, y cuya probidad era sospechosa, se presentó en el umbral de la puerta, parándose allí, y para dar á entender que no llevaba puñal debajo del manto, hizo ademan de sacudirlo muchas veces, como hacen los que se acercan á los tiranos. Esa diligencia, le dijo Dionisio, vendria mejor cuando salieseis de aquí.

A breve rato entró otro particular, que le molia con preguntas importunas. Dionisio nos dijo en voz baja, suspirando: «¡dichosos los que aprendieron á sufrir desde su infancia!»

Estos ultrajes se renovaban á cada paso; bien que él daba motivo para ello, pues andaba cubierto de andrajos, pasando su vida en las tabernas y en las calles, con los hombres de la plebe, con quienes trataba como compañeros de sus diversiones. Todavía se distinguia en su alma aquel fondo de inclinaciones bajas que recibió de la naturaleza, y aquellos pensamientos elevados que debía á su primer estado; y así es que

hablaba como un sabio, y obraba como un loco. Yo no podia explicar el misterio de su conducta; pero un siracusano que lo habia estudiado con atencion, me dijo: ademas de ser de ánimo demasiado debil y ligero, para ser mas comedido en la adversidad, que en la prosperidad, ha echado de ver, que el aspecto de un tirano aun destronado, difunde la desconfianza y el espanto entre los hombres libres. Si prefriese la oscuridad al envilecimiento, su tranquilidad seria sospechosa á los Corintios, quienes favorecen la rebelion de la Sicilia; y temeroso de que lleguen á temerle, se libra del odio de ellos por medio de su desprecio.

Habíalo logrado todo entero mientras yo estuve en Corinto, y mas adelante logró el de toda la Grecia. Fuese por miseria, ó por locura, se alistó en una tropa de sacerdotes de Cibeles, con quienes iba por las ciudades y lugares con un tamboril en la mano, cantando y bailando al rededor de la imagen de la diosa, y alargando la mano para recibir algunas cortas limosnas.

Antes de ponerse á estas escenas bajas, le dieron el permiso de ausentarse de Corinto, y viajar por la Grecia. El rey de Macedonia le recibió con distincion. En la primera conversacion le preguntó Filipo, que cómo habia podido perder el imperio que su padre conservó por tanto tiempo. «Porque heredé su poder, respondió, y

« no su fortuna. » Habiéndole hecho antes un corintio la misma pregunta, había respondido: « cuando mi padre subió al trono, estaban cansados los Siracusanos de la democracia, y cuando me han forzado á bajar de él, lo estaban de la tiranía. » Un día que se hablaba de las poesías de Dionisio el viejo en la mesa del rey de Macedonia, le dijo este: « ¿qué tiempo escogía vuestro padre para componer tantas obras?—El que vos y yo gastamos aquí en beber, » respondió él.

Sus vicios le hicieron dos veces infeliz, y su destino le opuso cada vez uno de los mayores hombres que ha producido este siglo. Dion fué el primero, y Timoleon el segundo. Voy á hablar de este último, y referiré lo que oí en los últimos años de mi estancia en Grecia.

Dijimos mas arriba*, que Timoleon, despues de la muerte de su hermano, se habia separado por algun tiempo de Corinto, y para siempre de los negocios públicos. Cerca de veinte años llevaba pasados en un destierro voluntario, cuando los de Siracusa, no pudiendo aguantar mas á sus tiranos, imploraron el auxilio de los Corintios, de quienes traian su descendencia. Resolvieron estos últimos levantar tropas; y estando vacilantes, sobre á quien elegirian por general,

* Véase el capítulo ix de esta obra.

una voz nombró por casualidad á Timoleon, y al punto se siguió una aclamacion universal. La acusacion puesta en otro tiempo contra él, estaba pendiente todavía; los jueces pusieron la decision en sus manos, diciéndole: Timoleon, segun os porteis en Sicilia, diremos, que matasteis á un hermano, ó á un tirano.

Los Siracusanos se creian á la sazón sin recurso. Icetas, gefe de los Leontinos, cuyo auxilio habian implorado, no pensaba mas que en avasallarlos, y acababa de hacer liga con los Cartagineses. Dueño de Siracusa, tenia sitiado á Dionisio en la ciudadela; en tanto que la armada de los Cartagineses cruzaba en las inmediaciones, para interceptar la de los Corintios. En lo interior de la isla, una experiencia fatal, habia enseñado á las ciudades griegas á desconfiar de todos los que se mostraban solícitos en socorrerlas.

Salió Timoleon con diez galeras, y un corto número de soldados, y sin que se lo estorbese la armada de los Cartagineses, abordó á Italia, y de allí pasó á Tauromenio de Sicilia. Entre esta ciudad y la de Siracusa está la ciudad de Adrano, cuyos habitantes habian enviado á llamar, unos á Icetas, y otros á Timoleon, y ambos marchaban al mismo tiempo, el primero al frente de cinco mil hombres, y el segundo con mil y doscientos; cuando estando Timoleon á

treinta estadios de Adraño*, supo que acababan de llegar las tropas de Ictas, y andaban ocupadas en alojarse al rededor de la ciudad; con cuya noticia aceleró el paso, y dió sobre ellas con tal orden é impetu, que abandonaron sin resistencia el campo, el bagage y muchos prisioneros.

Este accidente mudó repentinamente la disposicion de los ánimos, y el semblante de los negocios; siendo tan pronta la revolucion, que á los cincuenta dias de haber llegado Timoleon á Sicilia, los pueblos de esta isla deseaban su alianza: algunos de los tiranos juntaron sus fuerzas á las que él tenia, y el mismo Dionisio se rindió á discrecion, y le entregó la ciudadela de Siracusa, con los tesoros y tropas que habia recogido en ella.

No es mi objeto especificar los sucesos de esta gloriosa expedicion; y así solo diré, que si Timoleon, cuando todavía era mozo, habia mostrado en los combates la madurez de la edad avanzada, ahora al fin de su vida, manifestó el ardor y actividad de la juventud: diré que desplegó todos los conocimientos y todas las prendas de un gran general; que al frente de un corto número de tropas, libró á la Sicilia de los tira-

* Una legua y trescientas treinta y cinco toesas (cerca de una legua de España).

nos que la oprimian, y la defendió de una potencia aun mas formidable, que queria subyugarla; que con seis mil hombres puso en fuga á un ejército de setenta mil cartagineses; y por último, que sus proyectos iban ordenados con tanta sabiduría, que parecia árbitro de las contingencias y de los acaecimientos.

Pero la gloria de Timoleon no consiste en la rápida y venturosa sucesion de sus proezas, que él mismo atribuia á la fortuna, y hacia que el esplendor de ellas recayese sobre su patria; sino que está fundada en otra sucesion de conquistas mas dignas del reconocimiento de los hombres.

El hierro habia cortado la vida de una gran parte de los habitantes de Sicilia; sin contar los muchos que habian evitado con la fuga, la opresion de sus déspotas, dispersándose por la Grecia, islas del mar Egeo, y costas de Asia. Corinto, animada del mismo espíritu que su general, les convidó por medio de sus diputados, á volver á su patria, dándoles para ello naves, escolta, y á su llegada á Sicilia, tierras que repartir. Al mismo tiempo declararon los heraldos de su parte, en los juegos solemnes de la Grecia, que Corinto reconocia la independencia de Siracusa y de toda la Sicilia.

A esta voz de libertad, que resonó tambien en toda la Italia, pasaron á Siracusa sesenta mil hombres, unos para gozar en ella los derechos

de ciudadanos, y otros para distribuirse por lo interior de la isla.

La forma de gobierno habia sufrido últimamente muchas revoluciones, y estaban sin vigor las leyes, que durante la guerra del Peloponeso, formó una junta de hombres sabios, estando al frente de ella aquel Diocles, cuya memoria fué consagrada con un templo, que mandó demoler Dionisio el viejo. Este legislador severo prohibió con pena de muerte, el presentarse con armas en la plaza pública; y habiendo algun tiempo despues hecho los enemigos una irrupcion en las inmediaciones de Siracusa, salió de su casa con la espada en la mano, al mismo tiempo que le dijeron, que habia un motin en la plaza; lo cual oido, se fué allá, y un particular exclamó: «ya habeis abrogado vuestra ley.—Mejor direis que la he confirmado,» respondió, metiéndose la espada por el pecho.

Sus leyes establecian la democracia, pero á fin de enmendar los vicios de este gobierno, castigaban con rigor toda especie de injusticias; y para no dejar nada al capricho de los jueces, señalaban en lo posible, la decision para cada caso, y la pena para cada delito; con todo, como ademas de estar escritas en lenguaje antiguo, su extremada concision perjudicaba á la claridad, las revió Timoleon con Céfalo y Dionisio, dos corintios que tenia á su lado. Con esto, las

concernientes á los particulares se conservaron, añadida la interpretacion y declaracion de su sentido; se reformaron las pertenecientes á la constitucion, poniendo freno á la licencia del pueblo, sin perjuicio de su libertad; y con la mira de asegurarle para siempre el goce de esta libertad, le estimuló Timoleon á derribar todas las ciudadelas que servian de guarida á los tiranos.

La poderosa república de Cartago, forzada á pedir la paz á los Siracusanos, los opresores de la Sicilia destruidos sucesivamente, las ciudades restituidas á su esplendor, los campos cubiertos de mieses, un comercio floreciente, por todas partes la imagen de la union y felicidad, veis ahí los beneficios que Timoleon hizo á este hermoso pais; y ahora veréis el fruto que recogió.

Reducido voluntariamente al estado de simple particular, vió acrecentarse cada vez mas la consideracion en que le tenian. Los de Siracusa le obligaron á aceptar en su ciudad una casa distinguida, y en las inmediaciones una quinta agradable, donde pasaba los dias tranquilos con su muger y sus hijos, que mandó venir de Corinto. Allí recibia sin cesar los tributos de estimacion y reconocimiento que le ofrecian los pueblos, mirándole como su segundo fundador. Cuantos tratados y reglamentos se hacian en Sicilia, ya cerca, ya lejos, venian á sujetarlos á

de sus luces, y nada se hacia sin su aprobacion.

Perdió la vista en edad bastante avanzada; desgracia que sintieron mas los Siracusanos que el mismo Timoleon, y con este motivo creció mas el amor y respeto que le tenian. Cuando llegaba algun extrangero, lo llevaban á verle, y le decian: aqui teneis á nuestro bienhechor y nuestro padre: el que ha preferido al triunfo espléndido que le aguarda en Corinto, y á la gloria que hubiera adquirido en toda la Grecia, el placer de vivir en medio de sus hijos. Timoleon no daba á las alabanzas que le prodigaban, mas que esta respuesta modesta: « los dioses que-
« rian salvar la Sicilia; y yo les doy gracias de
« haberme elegido por instrumento de sus bon-
« dades. »

Todavía se descubria mas á las claras el amor de los Siracusanos, cuando en la junta general se agitaba alguna cuestion importante; en cuyo caso iban diputados á convidarle á ir á ella: subia en un carro, y luego que llegaba, el pueblo le saludaba en alta voz. Timoleon correspondia al saludo, y luego que cesaban los extremos del alborozo y del amor, se informaba del punto que se trataba, y daba su dictamen, á que se conformaban todos los votos. Al retirarse, volvia á pasar por la plaza, oyéndose las mismas aclamaciones hasta que le perdian de vista.

El reconocimiento de los Siracusanos, lejos

de parar aqui, llegó á decretar que el dia del nacimiento de Timoleon se tuviese por festivo, y que pedirian un general á Corinto, siempre que tuviesen guerra con alguna nacion extran-gera.

Quando murió, no halló consuelo el dolor público sino en los honores concedidos á su memoria. Dióse tiempo á los habitantes de las ciudades circunvecinas para venir á Siracusa á asistir al acompañamiento. Los jóvenes á quienes tocó por suerte, le llevaron en hombros. Iba echado en un lecho ricamente adornado, acompañándole un número infinito de hombres y mugeres, coronados de flores, y vestidos de blanco, que hacian resonar los aires con el nombre y alabanzas de Timoleon; pero sus gemidos y lágrimas eran los mejores testigos de la ternura y del dolor.

Puesto el cuerpo sobre la pira, leyó un heraldo en alta voz el decreto siguiente: « el pueblo
« de Siracusa, reconocido á Timoleon, por ha-
« ber destruido los tiranos, vencido á los bár-
« baros, reedificado muchas ciudades princi-
« pales, y dado leyes á los Sicilianos, ha resuel-
« to dedicar doscientas minas * á sus funerales,
« y honrar todos los años su memoria con certá-

* Diez y ocho mil libras (67,000 rs. vn.).

« menes de música, carreras de caballos, y
« juegos gimnásticos. »

Otros generales se han distinguido con mayores conquistas; pero ninguno ha hecho tan grandes cosas. Timoleon emprendió la guerra para trabajar por la felicidad de la Sicilia, y cuando la acabó no tuvo otra ambicion que la de ser amado.

Hizo respetar y amar la autoridad mientras la tuvo; y cuando se despojó de ella la respetó y amó mas que ningun ciudadano. Un día que se atrevieron dos oradores á acusarle en junta plena, de malversacion en las plazas que habia ocupado, contuvo al pueblo, levantado contra ellos, diciéndole: « yo no he arrojado tantos
« trabajos y peligros, mas que para poner al
« menor ciudadano en estado de defender las
« leyes, y decir libremente su pensamiento. »

Tuvo un imperio absoluto sobre los corazones, porque fué afable, modesto, sencillo, desinteresado, y sobre todo infinitamente justo. Tantas virtudes desarmaban á los que oprimia el esplendor de sus acciones, y la superioridad de sus luces. Timoleon experimentó, que despues de hacer grandes servicios á una nacion, basta dejarla obrar para ser adorado.



CAPITULO LXIV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. FISICA. HISTORIA
NATURAL. GENIOS.

A mi vuelta de Corinto, fui á casa de Euclides, donde me restaba que recorrer parte de su biblioteca; y le hallé con Meton y Anaxarco. El primero era de Agrigento en Sicilia, y de la misma familia que el célebre Empédocles; y el segundo era de Abdera de Tracia, y de la escuela de Demócrito: cada uno estaba, con un libro en la mano, como abismado en una meditacion profunda.

Euclides me enseñó algunos tratados sobre los